

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**ASEDIO
AL ALCÁZAR DE TOLEDO Y AL
SANTUARIO DE LA VIRGEN DE LA CABEZA**

S. MILLÁN – 2022

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

El Alcázar de Toledo.

El santuario de la Virgen de la Cabeza.

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

En este libro queremos exponer brevemente la historia de dos grandes gestas de la guerra civil, protagonizadas por la guardia civil. Se trata de la defensa del Alcázar de Toledo y del asedio de que fueron objeto un grupo de guardias civiles encerrados en el Santuario de la Virgen de la Cabeza de Andújar (Jaén).

Evidentemente lo extraordinario de estas gestas, que son ejemplo para todos los españoles, son la gran desproporción de los medios que tenían los defensores, que eran pocos, contra los muchos militares y armas que tenían los contrarios. Además, en ambos casos tuvieron mucho que sufrir por la falta de alimentos, especialmente en los defensores del Santuario de la Virgen de la Cabeza, pero no faltó la providencia de Dios para socorrerlos, a veces en situaciones extremas.

Todo esto lo iremos viendo a través de testigos que pudieron declarar y dar su testimonio sobre los hechos aquí narrados. En el caso del Alcázar, hasta el mismo coronel Moscardó, que fue el alma y guía de los defensores, dio su testimonio y corrigió el documento escrito por el padre Alberto Risco del que nos hemos servido en este escrito. En el caso del Santuario de la Virgen de la Cabeza, se trata de un combatiente que nos ofrece su testimonio de acuerdo lo que él sabe por haberlo vivido personalmente.

Ojalá que la lectura de estos testimonios sea un estímulo para defender nuestra fe hasta el final, incluso hasta dar la vida, si es preciso, antes que renegar de ella y para que nuestra vida sea un ejemplo a seguir por todos los que nos rodean.

EL ALCÁZAR DE TOLEDO

El jesuita Alberto Risco en su libro *La epopeya del Alcázar de Toledo* nos muestra un documento bien fundamentado, ya que habló con todos los supervivientes que pudo, oyendo sus testimonios, especialmente con el coronel Moscardó, jefe del Alcázar, quien se dignó incluso leer el original para rectificar cualquier error y que todo estuviera conforme a la verdad.

Cuando los rojos se apoderaron de Toledo el 23 de julio de 1936, comenzaron los incendios y saqueos y asesinatos de gente de derechas. Toledo fue saqueada de todos los objetos artísticos y sagrados. Los víveres se los apropiaban los guardias de asalto y los milicianos. En dos meses del Frente Popular asesinaron a 107 sacerdotes y todos murieron perdonando a sus enemigos y gritando ¡Viva Cristo Rey! Fueron asesinados centenares de hombres de derechas y todos, según los testigos, iban como valientes rezando el rosario o dando Vivas a Dios. La famosa custodia toledana del Corpus, fabricada de plata maciza, y el famoso cuadro del Entierro del conde de Orgaz del Greco, estaban embalados para sacarlos al extranjero y venderlas.

Muchos milicianos salían por las calles haciendo mofa de las cosas sagradas y vestidos con ornamentos sagrados, ciñendo la mitra en su frente y con bonetes de sacerdotes, profiriendo palabras blasfemas y obscenas. Cuando echaron a tierra el monumento del Corazón de Jesús que se levantaba por la Vega, este suceso se celebró en las tabernas con cantos y coplas. Una tarde, un avión rojo arrojó una bomba que cayó en la plaza de Zocodover y mató a unas diez personas e hirió a unos 15. Los milicianos se llenaron de ira, al presenciar el equívoco de sus compañeros, y para tomar venganza se les ocurrió ir a la cárcel y asesinar cobardemente a 63 personas honradas.

El coronel Moscardó se encerró en el Alcázar con algunos guardias civiles y paisanos en unión con sus familiares. Había 1.100 hombres dispuestos a combatir, 750 eran guardias civiles, el resto eran de la clase de tropa y de juventudes de los partidos de derecha; entre ellos había más de cien jefes o jóvenes oficiales de distintas Armas. El mando lo tenía el coronel Moscardó como más antiguo y a sus órdenes estaban tres tenientes coroneles, que se turnaban en la vigilancia y defensa de la noche. El Alcázar, como todas las fortalezas antiguas, disponía de sótanos espaciosos, que formaban dos series; una era más profunda y más húmeda y sombría que la superior. Se albergaron con los defensores 328 mujeres y 210 niños, familiares de los asediados.

Los primeros días se vivieron con optimismo, seguros del triunfo del movimiento contra el ateísmo de los partidos de izquierda y del gobierno, que parecía que querían eliminar de España la religión católica de raíz.

Las mujeres se acomodaron en los sótanos con los niños. Las hermanas de la Caridad, que eran cinco, organizaron la enfermería para los heridos que pudieran llegar. Médicos cirujanos no había ninguno. La capilla fue el centro de la resistencia, pues allí acudían todos a pedir ayuda para la gran tarea de la defensa. Y Dios les daba el valor que necesitaban para no desesperarse ante las adversidades que se fueron presentando.

Aquellos hombres que se encerraron en el Alcázar no se habían preocupado de proveerse de alimentación para un asedio prolongado. En los sótanos había un aljibe de agua de lluvia, en los depósitos de víveres solo había existencias de las que habían sobrado del tiempo en que los alumnos habían vivido cursando sus estudios. Pero el coronel estaba acostumbrado a confiar en la providencia divina que una vez más no le falló.

En los almacenes había 1.200 kilos de judías, 200 kilos de arroz, 150 kilos de patatas, algunas ya podridas que estaban dando a los caballos. Leche condensada había 3 cajas con 48 botes pequeños, 200 libras de chocolate y pequeñas cantidades de otras cosas. El 24 de julio de 1936 pudieron salir algunos y compraron gran cantidad de embutidos, dos sacos de arroz y más de 150 kilos de café.

Pero todo eso, que parecía mucho, no daba ni para alimentar cuatro días a 1.700 personas encerradas en el Alcázar. En cuanto a armamento, contaban con 13 ametralladoras, 13 fusiles ametralladores, dos cañones de acompañamiento con unas 40 granadas de dotación, unos 3 morteros de 50 milímetros con regular dotación y granadas de mano, con 500 fusiles y mosquetones. Cartuchos había un millón, que habían traído de la fábrica de armas.

Los enemigos, en los primeros días parece que fueron unos 9.000 y comenzaron el ataque a fondo, ayudados por las baterías y aviones, vomitando sin cesar metralla.

Uno de los días le hablaron por teléfono al coronel Moscardó y le exigieron la rendición, ya que tenían en su poder a su hijo Luis. De otro modo, lo iban a fusilar. El coronel lo único que le dijo a su hijo fue: *Hijo, encomienda tu alma a Dios, da un grito de Viva España. Muere como un patriota. Un fuerte beso, hijo mío.*

A Luis lo asesinaron en el mes de agosto. A su esposa y a su hijo Carmelo los encerraron en un manicomio, esperando que, al rendirse el Alcázar, pudieran ser testigos de los incendios y maldades que pensaban cometer en su presencia antes de eliminar a toda la familia.

Los asediados tuvieron que soportar muchas privaciones, les cortaron la luz y por la noche todo eran tinieblas, especialmente en los sótanos donde estaban las mujeres y los niños. Los motores quedaron inmóviles, se cortaron los tubos que surtían de agua al edificio. Los víveres que quedaban a fines de julio eran pocos para todos y aparecía ante algunos el problema de tener que morir de hambre. Felizmente había 97 caballos y 27 mulos de tiro. Se comenzó sacrificando caballos por ser su carne mejor. Al principio mataban cuatro caballos al día. Después, viendo que la cosa podía ir para largo, solo mataban dos caballos diarios para alimentar a las 1.700 personas. La grasa de los caballos la usaron para lámparas a falta de electricidad. Se tomaba una lata de sardinas o de conservas y se llenaba de sebo de caballo con una mecha fabricada con un trozo de camisa retorcido, y esos eran los manantiales de luz. Al rayar el alba, se apagaban para ahorrar.

A las mujeres se les encomendó la misión de rezar en la capilla, y hacer servicios de enfermería y cocina. Los cuatro médicos que había, sin ser cirujanos, tuvieron que hacer improvisadas amputaciones de piernas y extracciones de metralla con resultados satisfactorios a la luz de las lamparitas de sebo.

La harina de trigo se terminó el 27 de julio, pero tenían 3.000 kilos de trigo y gran cantidad de cebada para los caballos y mulos. Tostaron el trigo para comerlo con la carne de caballo. Por una confidencia, el coronel Moscardó supo que en una casa cercana había un almacén de trigo. La noche del 3 de agosto salió un grupo a medianoche y pudieron transportar 23 sacos de 90 kilos cada uno; y en otras salidas se acabó de completar lo que había. El problema era reducir el trigo a harina. Para ello inventaron un sistema práctico con el aparato de hacer harina unido a dos motocicletas. El agua hubo que racionarla a un litro por persona para beber, y para todos los demás menesteres. No se lavaban casi nunca para ahorrar agua y eso provocó la multiplicación de pulgas y chinches.

Las patatas, como algo exquisito, se guardaban solo para los niños y enfermos. Las mujeres y combatientes sufrían mucho con la trilita que se metía por todos los huecos del edificio, cuando explotaban las bombas y, si era de noche, no dejaban dormir por el ruido y los gases.

El enemigo que los asediaba era unas 15 veces superior en número y totalmente superior en armamento. Eran tantos los sufrimientos que todos padecían que, cuando alguien le preguntó a Moscardó sobre el Alcázar, después

de la liberación, dijo: *Lo primero que le digo es que en el Alcázar todo fue un milagro. La providencia de Dios estuvo en todo momento sobre nosotros*¹.

Todos los días rezaban por turnos el rosario. Los que tenían tiempo libre de descanso, iban frecuentemente a la capilla a orar. Lamentablemente no tenían ningún sacerdote para celebrar misa y darles diariamente la comunión como hubieran deseado.

“¡El Sagrario estaba vacío! ¡No ver a Jesucristo en medio de nosotros, era un martirio!”, decía una señora de las que estuvieron dentro. Pero había un altar, y sobre este altar una Virgen de lindos ojos y de manto color de cielo. En ella se reconcentraron los amores y las esperanzas de los sitiados. Tres de los defensores se constituyeron en sacerdotes, en directores de la parte piadosa y litúrgica del Alcázar. D. Andrés Marín, el capitán de caballería D. José Sanz de Diego y el comandante de Infantería D. Víctor Martínez Simancas.

La capilla, que al principio siguió en su sitio ordinario, tuvo que ser trasladada muy pronto a un sótano; en primer lugar, para tenerla defendida, y además porque en la capilla del Alcázar no cabía el número grande de fieles que día y noche venía a rezar.

Determinaron seguir sus cultos como en el tiempo ordinario se hacía. Por la mañana llenábase la capilla de fieles que con sus devocionarios seguían las oraciones del Santo Sacrificio de la misa y luego sus devociones particulares.

A las cinco y media de la tarde y a las siete y media rezábase diariamente el santo rosario, al cual acudían, no sólo las mujeres y niños, sino la tropa y los jefes y oficiales, para comodidad de los cuales se rezaban dos rosarios en distintas horas. Después de rezado el santo rosario de las siete y media, se introdujo la costumbre de rezar a continuación una novena. Se comenzó por la de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. Cuando ésta dio fin, propuso el coronel D. José Moscardó que a devoción suya se comenzase un octavario a la Santísima Virgen del Sagrario, patrona de Toledo. Terminado éste, y por devoción de las Hermanas de la Caridad, se hizo una novena a la Virgen Milagrosa.

Todavía, al terminar esta novena, por iniciativa del heroico Ingeniero D. José García Basarán, que muy pronto iba a morir gloriosamente entre las ruinas, se comenzó otra novena al Sagrado Corazón, teniendo todos la firme esperanza de que antes de concluirla sí serían libertados.

¹ Risco Alberto, *La epopeya de Alcázar de Toledo*, impreso por Amazon, 1937, p. 49.

No lo quiso el Corazón divino, ni ellos perdieron un punto su firme esperanza de arrancar de su poder la liberación, y se dio comienzo, por fin, de un modo indefinido al ejercicio del Amor Misericordioso de Jesús, que se rezó hasta el último día en que obtuvieron su libertad.

Estas eran las preces diarias, a las que asistían todos los que en el Alcázar estaban libres de servicios. Además, los miércoles y viernes se rezaba el Santo Vía Crucis, que dirigía alguno de los tres capellanes, que así se pueden llamar los tres caballeros cristianos que dirigieron los rezos. Las oraciones del Vía Crucis se tomaron de un libro escrito con motivo de la persecución española, y éste y las demás novenas las adaptaban a las circunstancias presentes del asedio.

Además de estos rezos, que pudiéramos llamar de comunidad, veíase un grupo que iba deslizándose por la capilla, la cual nunca se veía sola, y por turno se tenía lectura espiritual, el ejercicio de las Sagradas Llagas y las Oraciones de San Gregorio, por los difuntos del Alcázar.

Los días que coincidieron con alguna festividad mariana, como la fiesta de la Asunción, la Natividad de la Virgen y las fiestas de Nuestra Señora de la Merced, se estableció el rosario perpetuo; formáronse grupos de a media hora, que durante ese tiempo rezaban el santo rosario, de tal suerte, que en las veinticuatro horas de esos días no dejó de subir hasta las plantas de la Reina de la Misericordia la plegaria ferviente de aquellos pobres sitiados, que en Ella tenían puesta su esperanza.

Como se ve, en el Alcázar de Toledo se vivió intensa vida de fe y de piedad. Dios bendecía a manos llenas aquella ilimitada confianza en su Providencia, haciendo que viviesen los defensores entre continuas filigranas de prodigios y de verdaderos milagros. A una pregunta de un periodista respondió Moscardó:

“Todo en el Alcázar ha sido obra de la Providencia de Dios, y un continuo milagro. Milagro, el que encontrásemos en unos depósitos del Banco mil sacos de trigo y que en varias salidas nocturnas los pudiésemos transportar al Alcázar. Milagro, el que nos viésemos obligados a trasvasar el agua del aljibe para cerciorarnos que no nos faltaría. Milagro, el que, en medio de aquel ambiente, saturado de trilita y de minas, todas las mujeres y niños, hayan salido sanos y salvos. Milagro, el que, hallándome un día reunido con mi Estado Mayor en mi despacho, nos tiraron con el 15.5 y quedase destrozado el gabinete y nosotros resultásemos ilesos. En todo un continuo llover milagros sobre nosotros”.

El oficial Pedro Romero manifiesta: “Nos sostenía la fe, estábamos convencidos todos de que contábamos con la Providencia de Dios, que Dios estaba con nosotros y podía salvarnos, y nos salvaría cuando Él quisiera”.

Pepe Barón y Pardo Figueroa, nos dicen: “Los niños y las mujeres se hallaban hacinados en los sótanos, sin ventilación ninguna. Pues bien, no hubo que registrar ni una enfermedad grave; tan sólo murieron dos ancianas de más de setenta años y de muerte natural”.

En el número 46 de “El Alcázar” (que preparaban los defensores), leemos: “Entre los muchos detalles que prueban cómo la Providencia está de nuestra parte, hay dos significadísimos en el día de ayer. Uno, el haber caído una bomba de avión de las de 50 kilos en el alojamiento de Falange sin haber hecho explosión, habiéndose roto la bomba y esparcido la carga. Otro, la entrada de un bombazo de 15,5 en el alojamiento de la Escuela Central de Gimnasia y haber quedado sin explotar, no obstante tener la espoleta puesta”.

Y el falangista Obdulio Gómez nos dirá que entraron tres proyectiles de gran tamaño en la habitación donde dormían dos niñas sin haberles hecho daño alguno ².

Los agonizantes morían con el grito de ¡Viva España y Viva Cristo Rey! Los cadáveres se enterraban envueltos en una sábana. Y se rezaba por ellos al enterrarlos, y en las oraciones de la capilla.

Un tarde, mientras los cañones enemigos vomitaban metralla contra el Alcázar hasta disparar seguidos 53 bombazos de 15,5 se registró un prodigio. Dos piedras grandes de cantería, de dos metros cúbicos, cayeron a través de las claraboyas del sótano sur en un sitio lleno de gente sin que hubiera un solo lesionado. Este suceso sirvió para reconocer la especial providencia de Dios sobre el lugar. Exactamente debajo del hueco por donde entraron las dos piedras, estaban sentadas varias mujeres. Todo se redujo a un grandísimo susto.

El 8 de agosto aviones rojos dejaron caer bombas de gases lacrimógenos. Hubo mucho miedo al pensar que podían ser gases venenosos. Después arrojaron gases inflamables. Los asediados contaron unas 200 botellas de estas. También les arrojaron 35 latas de gasolina inflamable. Un día hicieron una salida a las casas próximas para conseguir víveres. Consiguieron un par de gallinas, huevos, pan y otros alimentos. El día 12 de agosto de 1936 trajeron un jamón y tres gallinas. Otro día les fue mal y cayó muerto en una salida Maximiliano Fink, un muchacho de la falange.

² Risco Alberto, o.c., pp. 50-53.

Una de las cosas que más les interesaba a los defensores del Alcázar era tener noticias del exterior. No tenían electricidad, pero con baterías consiguieron oír, aunque no muy bien, alguna emisora de Italia y Portugal que les levantaban el ánimo, ya que estaban a favor de los nacionales.

El 22 de agosto recibieron por primera vez un avión nacional que les arrojó noticias y víveres. Para amargarles el día vino un trimotor rojo, que les regaló muchas latas de gasolina inflamada y potentes bombas de trilita. Aparte, la artillería no cesó de destruir el edificio y aumentar los heridos y muertos. A pesar de todo, seguían contentos, porque el generalísimo Franco les había enviado un mensaje personal que decía: *A los bravos defensores del Alcázar de Toledo. Nos enteramos de vuestra heroica resistencia y os llevamos un adelanto del auxilio que os vamos a prestar. Pronto llegaremos a esa. Miéntas, resistid a toda costa, que os iremos llevando los pequeños socorros que podamos. ¡Viva España! El general F. Franco Bahamonde, 22 de agosto de 1936.*

El 27 aparecieron tres aviones amigos, que arrojaron varias bombas a los sitiadores. El 6 de septiembre les trajeron los aviones más víveres y correspondencia. Venía un mensaje del general Emilio Mola: *Vencemos en todos los frentes y caminamos con paso seguro hacia la victoria. Espero seáis libertados dentro de poco. La columna Yagiüe va camino de Talavera; la mía, más avanzada, está cerca de El Escorial. Viva España. Vivan los bravos defensores del Alcázar de Toledo. Un abrazo a todos de vuestro general Emilio Mola.*

Uno de los días, el comandante Rojo de los republicanos les exigió la rendición. El coronel Moscardó le pidió que enviaran un sacerdote para dialogar. Le enviaron al sacerdote conocido Enrique Vázquez Camarasa, que también les animó a la rendición. No lo consiguió, pero les celebró misa y confesó a bastantes de los que quisieron. Comulgaron muchos y se organizó una procesión para llevar la Eucaristía a los enfermos y heridos. Todos, jefes, oficiales, tropa, mujeres y niños se pusieron en movimiento y entonaron el canto *Cantemos al Amor de los Amores*. Ellos hubieran querido que el sacerdote se quedara con ellos hasta el final, pero el padre Camarasa se fue.

Dos días más tarde anunciaron un nuevo parlamentario. Era un diplomático de Chile y quería obtener la evacuación inmediata de las mujeres y los niños, pero viendo que no había voluntad de rendirse, el parlamentario se retiró. Y Dios les regaló un prodigio. El agua del aljibe que surtía a todas las necesidades del Alcázar venía planteando un difícil problema. Se avecinaba el momento de la explosión de la mina subterránea. Los enemigos habían hecho venir de Asturias mineros especializados y trazaron dos túneles para colocar dos

minas poderosas para tirar el edificio entero desde los cimientos. Y eso podía agrietar los muros del aljibe y quedarse sin agua, lo que suponía la rendición sin condiciones. El coronel dio orden de comenzar a trasvasar el agua del aljibe a otro depósito, que parecía más seguro, y aquellos hombres ya desfallecidos por el hambre y el cansancio comenzaron la dura labor de trasvasar el agua con una antigua y deteriorada bomba contra incendios. Pero pronto se vio que el peligro no era real. No era uno, eran varios los aljibes que formaban el fondo de los cimientos y tal la cantidad de agua que no era posible que la mano brutal de la mina los destrozase todos. Se dieron gracias a Dios por aquella nueva providencia y se suspendió la operación de trasvase.

Pero los túneles que estaban haciendo los mineros asturianos iban avanzando . Los sitiadores creyeron que ya los tenían entre sus garras. Las dos minas de 2.500 kilos cada una explotaron el 18 de agosto de 1936. Al alba comenzaron a disparar las baterías rojas para preparar el espectáculo, tiraron 350 granadas de 15,5. Su objeto era arrinconar a la población del Alcázar hacia la parte de la guarnición. Por fin explotaron las dos minas. El Alcázar quedó sin torres Los sitiadores estaban satisfechos.

El día anterior a la explosión de las dos minas, la Junta de Toledo había emitido un comunicado en el que decía: *17 de septiembre de 1936. En la madrugada del día 18 tendrá lugar la operación para la toma del Alcázar con arreglo a las órdenes transmitidas. La columna se dividirá en dos sectores: el sur, mandado por el comandante Torres y el norte por el comandante Madroñera, componiéndose el norte por una compañía de asalto al mando del capitán Magán con 200 hombres; la compañía de asalto recientemente incorporada con 140; la CNT con 150; el capitán Rueda con una compañía del regimiento número 2 con 100 efectivos; la compañía Milicias de Castilla con 150; un batallón de milicias de Toledo con 500.*

Este sector llevará dos blindados de asalto y el tanque oruga, seis ametralladoras de asalto, cuatro del regimiento número 2 con los cuatro morteros del mismo regimiento.

El sector sur se compondrá por una compañía de asalto al mando del capitán Gener con 220 hombres; de la CNT y locales 150; de los llegados de Madrid 200; el capitán Rober con una compañía del número 2 con 100 hombres y una sección del número 1 con 38; una compañía de Milicias Sediles con 100 y un batallón Milicias de Toledo con 400. Este sector tendrá a su disposición un cañón de 7,5, siete ametralladoras y cinco morteros. Cada agrupación tendrá un médico, diez camilleros y una ambulancia. En total eran más de 2.000 asaltantes con otros tantos de reserva, dotados de municiones y medios de combate proporcionados a su placer y todo para rendir un montón de ruinas donde se

albergaban unos mil esqueletos sin medio ninguno de defensa, a no ser fusiles y su valor personal. Cuando las dos minas explotaron, la señora Teresa González, esposa del sargento Juan Conde, estaba en el patio central junto a su esposo y los escombros sepultaron a los dos. Teresa quedó oculta entre piedra y tierra sin más parte libre de su cuerpo que la cabeza. El sargento quedó aprisionado con solo el juego del brazo derecho libre, el cual empleó durante algún tiempo en sostener una piedra de más de una arroba de peso que desprendiéndose de la altura hubiese caído sobre la cabeza de su esposa y en esta actitud, sacando ambos fuerza de flaqueza, salvaron su vida. Algo prodigioso.

Las piedras de los muros del Alcázar volaron como verdaderos proyectiles a mucho más de dos kilómetros de distancia. Tenemos en la casa donde estas líneas escribo, bastante lejana del Alcázar, dos inmensos agujeros en la azotea: son el efecto de un par de piedras que taladraron dos pisos y llenaron de escombros las habitaciones del principal. Así están horadas la mayor parte de las viviendas. Los balcones, cayeron muchos a la calle; cristales, no quedó casi ninguno en la ciudad; las artísticas vidrieras, de una historia y de un valor inapreciables, de la Catedral, son ya inmensos agujeros por donde entra el aire a su sabor en el sagrado recinto.

Pero lo que puede dar una idea del monstruoso artificio, es la trayectoria de varios camiones que se hallaban próximos al lugar. Uno de ellos cayó en el tejado de una casa lejana. He visto otro, y por delante de él han desfilaro cuantos curiosos han querido, porque la dueña de la casa es sumamente amable. El camión, a impulsos de la trilita, voló deshecho por los aires y se rompió en varios trozos: el chasis, con las aletas, yacen en un patio, donde bajó deslizándose por el vano del tejado; las ruedas se enseñan en otro patio, muy lejos del primero, y el motor, descendiendo sobre los claustros del convento de Santo Domingo el Real, se empotró en el suelo, deshaciendo las baldosas de granito. Un ingeniero, que examinó dicha pieza, calculaba que para llegar allí y caer de la manera que cayó aquel trozo informe de hierro había tenido que subir, cuando menos, a mil metros de altura.

En el edificio víctima, los estragos tuvieron que ser mayores y así fue. Las casas vecinas, casi el barrio entero que se cobija a la sombra de la ya derruida parroquia de la Magdalena, no presentan más que estragos. Centenares de familias sin hogar, sin muebles, sin más propiedad que la que hoy tienen sobre lo que sacaron puesto de sus casas.

Las dos alas, norte y oeste del Alcázar, dejaron caer pesadamente sobre los tejados vecinos los enormes bloques de su fábrica, y sobre ellos se asoma hacia el barrio próximo la osamenta de la torre del sur, y allá al otro lado, hacia Zocodover, se cuelga como un cadáver que cayó a la boca de un barranco, un

trozo de talladas labores de piedra, que fue antes todo el ángulo noroeste del primoroso Alcázar.

Por los derrumbes de las tres alas norte, oeste y sur, aparecían al descubierto las entrañas del coloso caído, y por ellas asomaban las bocas oscuras de los sótanos, que ofrecían seguro paso al invasor para llegar al interior del recinto y rematar la obra, apagando todo resto de vida que en aquellos abiertos túneles pudiese palpitar.

Además, supieron los directores de aquella hazaña infame que las mujeres y los niños habían sido trasladados, días antes, desde los sótanos que iban a ser castigados por la mina, hasta los inferiores del Norte y Este, donde era probable que el estrago fuese menor. Su obra iba contra ellos, porque las mujeres y los niños inocentes eran los que con sus rostros animosos y con sus frases de confianza daban aliento a los combatientes. Por eso, la tarde del día 17 se había empleado entera en castigar con granadas de 15,5 los lienzos y huecos del lado nordeste, con el objeto de obligar a un nuevo traslado en la vida del Alcázar. No cayó en la celada el coronel Moscardó y soportaron todos con ánimo el castigo: su paciencia les salvó la vida.

Y penetremos en el interior del Alcázar: la explosión hizo que el edificio todo se estremeciese en sus cimientos; los combatientes que estaban en sus puestos, cayeron a tierra, algunos lanzados a varios metros de distancia. Cegó el humo y la polvareda que en densas bocanadas lo invadió todo. Unos instantes después, todos estaban de pie y en sus puestos. Todos, menos las víctimas que Dios se dignó aceptar en holocausto para la salvación de la Patria³.

También la imagen de la Virgen del Alcázar sufrió los efectos de las minas. La capilla, para más seguridad, se había colocado en una dependencia del oeste, pero el techo se desplomó sobre ella y cegó la capilla y arrojó a la Virgencita con su racimo de ángeles hasta el tránsito. Como la Virgen no quería consentir que entre mujeres y niños hubiese víctimas, comenzó el milagro por sí misma. Como efecto de la brutal agresión y solo para que el milagro resplandeciese mejor y se conservase algún documento, permitió que uno de los niños que jugaban a los pies de la Virgen quedase herido en un brazo ⁴.

Cuando los milicianos creyeron que ya todo había terminado para los defensores del Alcázar después de haber explotado las dos minas con cinco toneladas de trilita entre las dos, al disiparse el humo, subió hacia el Alcázar una

³ Risco Alberto, o.c., pp. 140-141.

⁴ Ib. pp. 142-143.

oleada de milicianos y milicianas, aullando, blasfemando y gritando: *Ya han muerto todos. A ellos, a ellos.* Pero los defensores no habían muerto y todos los combatientes estaban esperándolos en su puesto. Y vino el choque del asalto. Ellos querían entrar por todos los sitios. Un tanque de artillería forzó la verja y se entabló una lucha entre los servidores del tanque y los defensores. Era una lucha cuerpo a cuerpo con bombas de mano, con bayoneta calada, con ametralladora y, sobre todo, con coraje. Y el tanque tuvo que retroceder y se alejó. Mientras tanto, los milicianos seguían subiendo por los derrumbes. Los escombros les facilitaban la subida y aparecieron centenares por la cresta del inmenso boquete de la entrada y la dominaban teniendo ya a sus pies y a unos metros a los defensores que luchaban, mientras les tiraban muchas granadas de mano. En cierto lugar, ellos pusieron una bandera roja, como si ya hubiesen conquistado el Alcázar, pero varios de los defensores, sacaron esa bandera y pusieron la bandera nacional.

Hacia el mediodía se pudo decir que el asalto había fracasado, aunque seguía un intenso tiroteo. Aparecieron dos aviones nuestros, que dieron una vuelta de reconocimiento. Después aparecieron tres aviones rojos y luego cuatro, pero no intervinieron porque podían matar a sus compañeros. Al anochecer echaron cuentas: Habían muerto 13 defensores y 40 quedaron heridos. Los rojos se habían retirado vencidos y habían dejado 220 cadáveres de milicianos. Lo grandioso fue que ninguna mujer del Alcázar quedó muerta ni herida.

En el periódico *Información Alcazareña* dieron el resumen del asalto. Escribieron: *Día 18 de septiembre de 1936. Seis cañones de 15,5 a plena intensidad de fuego (144 granadas) y dos minas de a dos toneladas para arriba cada una en acción simultánea no han podido producir otro resultado que el aumento de estas gloriosas ruinas que han de quedar como mudo testigo de una lucha épica en que la providencia de Dios nos tomó como instrumentos suyos para defender sus sagrados intereses, fundidos con los de la civilización cristiana y los de España, en lo que tienen de mayor grandeza en la historia de la humanidad.*

Al día siguiente, 19 de septiembre, sufrieron dos intentos de asalto, pero fueron también rechazados. El día 20 fue de una intensidad formidable en las baterías. Rompieron el fuego a las doce y media de la noche sobre las fachadas este y oeste, dejando caer las granadas en el interior de las ruinas del patio central. Arrojaron 150 proyectiles de 15,5 en una hora. En la mañana 200 proyectiles de 15,5. En la tarde 472 proyectiles. El día 21, por efecto de la artillería, cayó el torreón sudeste, único que estaba en el aire. Los defensores ya no tenían sitios para la defensa, excepto los parapetos fabricados por ellos mismos con piedras y sacos.

El 22 se observó que se llevaban varias piezas de artillería de 15,5 tanto en la mañana como en la tarde. Parece que la cercanía de los nacionales, que venían en ayuda de los defensores, les hacía temer y se llevaban su armamento pesado. El 23 intentaron a la desesperada por dos veces el asalto, pero no pudieron conseguir la victoria. El 27 explotaron una mina subterránea de más potencia que las dos anteriores. Aprovecharon una alcantarilla, que desde fuera del edificio servía para conducir hacia el río las aguas fecales. La llenaron de trilita e hicieron explotar más de cinco toneladas de materia explosiva, que hizo un cráter de 30 metros de diámetro por unos ocho de profundidad pero sin ninguna víctima. Ese mismo día 27 pudieron ver por fin las columnas de soldados nacionales bajando por las lomas que dominan el cementerio, marchando hacia la fábrica de armas de Toledo. Ese día reunió Moscardó a los prisioneros de ambos sexos que tenía desde el comienzo del asedio y les dio papel y pluma para preguntarles que escribieran si tenían alguna queja sobre el trato que habían recibido, fuera de la penuria de los alimentos, de que todos habían participado. Moscardó les indicó que pusieran por escrito: *Nosotros (defensores) en nuestra salida respetaremos sus familias, siempre como es natural que ellos hayan respetado las nuestras y las sigan respetando hasta el último momento.*

Ese día 27 de septiembre tuvieron lugar los últimos combates en Toledo, los rojos tuvieron tres mil bajas además de 1.200 milicianos que se entregaron.

El 28 de septiembre llegaron los nacionales al Alcázar al mando del general Varela. Los defensores esperaban en formación y Moscardó le dijo: *Mi general, sin novedad en el Alcázar.* Haciendo un resumen de los 70 días del asedio digamos que había en el Alcázar 97 caballos y 27 mulos. Quedó un caballo y cinco mulos. De las 328 mujeres y 50 niños no murió ninguno por bajas de guerra, solo murieron 2 señoras de muerte natural, pues tenían más de 70 años.

De los 1050 combatientes (militares y civiles) murieron 82 y 430 quedaron heridos y contusos unos 150.

Para terminar solo nos queda decir que el hecho de haber permanecido sin rendirse y rechazando los continuos asaltos de miles de soldados con armamento moderno de artillería, morteros, bombardeos aéreos, etc., es ciertamente un milagro de Dios o, por decir lo menos, un hecho extraordinario donde se vio clara en distintos hechos la providencia de Dios sobre aquellos defensores que pusieron su vida en las manos de Dios por intercesión de la Virgen, a quien invocaban cada día con el rezo del rosario y se habían consagrado a ella junto con el coronel Moscardó para ser soldados de María. Y ella, la vencedora de mil batallas, los defendió hasta el último momento. Humanamente es inexplicable cómo pudieron resistir 70 días de asedio. El rezo del rosario era perpetuo, en el

día y en la noche a distintas horas. Al preguntar al coronel Moscardó como habían podido vencer en lucha tan desigual, respondió: *Preguntádselo a María. Ella era la generala del Alcázar. Ella daba valor a nuestros corazones. Ella fue la que nos salvó.*

EL SANTUARIO DE LA VIRGEN DE LA CABEZA

El alzamiento nacional el 18 de julio de 1936 se había extendido en casi toda España, y en las poblaciones donde dominaba el marxismo se realizaban detenciones en masa, seguidas de asesinatos horrorosos. En la tarde del día 20 de julio, el Convento de los Misioneros del Corazón de María en Jaén, que estaba ocupado por once sacerdotes, fue asaltado por el populacho y dos guardias de Asalto, pretextando de que los padres del convento tenían armas ocultas y dieron muerte a cuatro misioneros. Los siete restantes fueron apaleados; dos de ellos pasados a estoque por el vientre. A continuación, fueron echados en el carro destinado a recoger la basura y en estado agonizante fueron llevados al cementerio.

Ese día, tan trágico y desconcertante, el autor de estas memorias se hallaba prestando los servicios de protección en la Central Telefónica, desde cuyo local presencié con asombro que aquellas calles eran recorridas constantemente por las turbas enfurecidas que en gran tropel y algarabía eran portadores de pistolas y escopetas, otros llevaban sables pertenecientes a militares en activo y retirados, cuyos domicilios habían sido saqueados y detenidos sus moradores. Como si fueran lobos hambrientos que penetraran en un hato de ganado, en el semblante de aquellos hombres despiadados se podía apreciar el instinto feroz de la fiera que se lanza a matar, sin otro sentido que el de destrozar a la víctima que encuentran a su alcance para dar expansión al espíritu de la bestia. Varios de aquellos sujetos llevaban las manos ensangrentadas, así como también las ropas que vestían, pareciendo todos ellos verdaderos matarifes que se hallaran en pleno desempeño de tales funciones.

Entre el tropel enloquecido, con sus atronadoras voces de amenaza y persecución contra aquellos que impulsados por el pánico huían despavoridos en busca de un lugar donde poder ocultarse, se oía el cerrar estrepitoso de las puertas, los golpes que en las mismas daban y el crujir de estas al ser forzadas y rotas por la chusma, a la vez que se oían también los gritos de las mujeres que acongojadas y llenas de terror delirante demandaban socorro. Aquellos momentos no podían ser más pavorosos.

Los asesinatos se realizaban a mansalva por todos los pueblos de la provincia de Jaén. En Úbeda, 49 personas de derechas que se hallaban

detenidas, fueron asesinados a tiros y a hachazos en la cárcel. En el pueblo de Rus fueron asesinadas muchas personas, once de ellas las ataron con alambres, las rociaron con gasolina y las quemaron vivas en la Curva de las Beatas, lugar próximo a la ermita de la Yedra. En Sorihuela del Guadalimar, 18 personas fueron recluidas en la iglesia y allí los asesinaron a fuerza de golpes contundentes en la cabeza. En Beas de Segura, en un sitio denominado El Cornicabral, fueron asesinadas más de veinte personas, y en Santisteban del Puerto se cometieron otros tantos asesinatos, empleando procedimientos de verdadero salvajismo y crueldad con algunas de las víctimas. Otros muchos asesinatos fueron cometidos en casi todos los pueblos de la provincia, cuya lista sería interminable.

Ante los hechos que se mencionan, realizados con el mayor refinamiento de crueldad por la bestia humana, las fuerzas de la Guardia Civil, constituidas por hombres de verdadero pudor y celosos de su prestigio, a quienes su fundador, Duque de Ahumada, infundiera el espíritu de sacrificio y abnegación en bien de sus semejantes y defensa de la patria, está fuera de duda que tenían que tomar la actitud de que ante aquellas circunstancias en que por todas partes se veía el caos y la barbarie, no iba a permanecer impasible ante tanto horror y desconcierto que estaba padeciendo el pueblo español ⁵.

Por orden del gobernador civil de Jaén se efectuó una conducción de 325 presos políticos a Madrid. Por tal motivo, en la madrugada del doce de agosto de 1936 salió la expedición escoltada por 50 guardias civiles bajo las órdenes del alférez Manuel Hormigo Montoro. Entre los conducidos se hallaba el obispo de la diócesis de Jaén. Al llegar la expedición a la estación de Vallecas, los milicianos allí congregados en incalculable número y armados de fusiles y ametralladoras, increparon al jefe de la conducción para que les fueran entregados todos los detenidos. El alférez se negó, pero como eran muchos los que insistían en que los entregara, comunicó los hechos al Gobierno civil y la solución que le dieron era que entregase los presos a los milicianos. Así lo hicieron a su pesar y los desalmados no tuvieron mejor pensamiento que asesinarlos sin compasión. Por eso el tren que los llevaba a Madrid se llamó el tren de la muerte ⁶.

Debido a los sangrientos acontecimientos que sucedían continuamente, un grupo de 400 guardias civiles quiso rebelarse, pero el capitán Reparaz les expuso que iban a ir al fracaso. Solo tenían fusiles y una ametralladora con poca munición. Sin embargo, el espíritu de rebeldía ante la situación se iba forjando en

⁵ Ballesteros Joaquín, *Memorias de un combatiente en el santuario de la Virgen de la Cabeza*, Onagro ediciones, Zaragoza, 2021, pp. 36-58.

⁶ *Ib.* p. 42.

el interior de estos guardias civiles, que en número de 400 fueron a refugiarse con sus familias y algunos agregados al santuario de la Virgen de la Cabeza de Andújar (Jaén) a partir del 17 de agosto de 1936.

Solo llevaban la ropa imprescindible, teniendo en cuenta que era verano, ya que ninguno pensaba que iban a tener un asedio de más de medio año. Por otra parte, tenían armamento y municiones del material de la Comandancia. Como en el santuario, distante 33 kilómetros de Andújar, no había sitio para todos, decidieron que el teniente Ruano con tres sargentos, tres cabos y 54 guardias civiles se establecieran en *Lugar Nuevo* a 5 kilómetros del santuario. Allí, en unión con algunos familiares, quedaron 200 personas entre mujeres, niños, un sacerdote y cinco falangistas.

Cuando algunos partidarios del Gobierno civil de Jaén les quisieron obligar a entregar las armas, el capitán Cortes, jefe de los militares del santuario, se negó rotundamente. De ese modo se declaraba en rebelión contra las autoridades de la República. En el santuario quedaron definitivamente, aparte de los de Lugar Nuevo, 252 guardias civiles y 30 paisanos, sin más recurso que unos pocos fusiles y cinco pistolas ametralladoras con exigua munición y carentes de avituallamiento frente a miles de milicianos equipados con armas modernas. Solo confiaban en que pronto pudieran venir las tropas nacionales a liberarlos. Es de notar que un grupo de guardias civiles,, cumpliendo órdenes del Gobernador, habían salido del santuario para ir, según les obligaron, al frente de Pozoblanco a apoyar a los rojos, pero en Córdoba se pasaron a los nacionales.

Con dos autocares del Cuerpo que habían quedado en el Santuario, todos los días se iba a Andújar y se traía harina, aceite y demás artículos de primera necesidad. Como se carecía de todos los utensilios, incluso de suficientes víveres y medicinas, y la estancia se iba alargando, se empezó a vivir un ambiente de intranquilidad y zozobra, puesto que nada bueno se presagiaba. Y esta sensación, tan penosa, iba en aumento con la presencia en aquel lugar de tantas mujeres y niños, a quienes teníamos el deber de proteger.

El 21 de agosto, el primer jefe, teniente coronel Pablo Iglesias, recibió una orden del Gobierno de la República, para que saliera de inmediato para el frente, llevándose con él a 50 guardias civiles del Santuario. Orden que fue cumplida sin dilación. Entre aquellos cincuenta hombres, marchó también, camuflado de guardia, el capitán José Rodríguez de Cueto, que tuvo que dejar en el Santuario a su esposa y dos hijos.

Sobre las diez de la mañana del día 25 de agosto, se presentó en el Santuario el alcalde de Andújar, escoltado por guardias de Asalto y milicianos, siendo acompañados por un delegado del Gobernador Civil de Jaén. Dicha

comitiva traía instrucciones de que se le entregasen todas las armas, municiones y correajes, a cuyo efecto el comandante Nofuentes, dio orden para que se cumplieran semejantes instrucciones. El personal se negó rotundamente, y ante tan imprevista actitud, los comisionados se mostraron airados, y los guardias respondieron con verdaderos actos de indisciplina. El desbarajuste que se produjo fue general. No obstante, para que la cosa no pasara a mayores, se entregaron sesenta fusiles que teníamos sobrantes, 12.800 cartuchos, bastantes cajas de municiones de pistola, calibre 9 largo y una ametralladora Horkiss, que era la única que teníamos. Con toda franqueza habíamos entregado parte del armamento, ya que en previsión nos habíamos reservado una buena cantidad oculta en los sótanos. Las armas que les dimos les iban a ser de poca utilidad a los rojos, ya que, tanto a los fusiles como a la ametralladora, le habíamos inutilizado el punzón percutor. en cuya operación intervine con el teniente Rueda y dos guardias. A la entrega del armamento precedió una junta de oficiales en una de las dependencias del Santuario, en la que trataron sobre la entrega a los rojos de aquel material de guerra, que tan necesario era para nuestra defensa. En la reunión se discutieron dos criterios: uno era el sustentado por Nofuentes, partidario de que se cumpliera lo mandado por el Gobierno de la República, es decir, entregar el armamento y proceder a la evacuación del Santuario. Alegaba que nada se conseguiría con la insubordinación, y que, si persistían en su rebelde empeño de desobediencia, sería para ellos de fatales consecuencias, puesto que los medios de defensa que poseían eran insignificantes para enfrentarse con los hombres y material de guerra con que contaba la República.

El otro criterio, el de la rebelión con todas sus consecuencias, era mantenido por el capitán Cortés, junto con el resto de oficiales y toda la fuerza: Ni entregarían las armas ni abandonarían el Santuario ⁷.

El 26 de agosto de 1936 fue el último día que pudieron salir del Santuario a comprar víveres. El 9 de septiembre un grupo del Santuario salió en busca de ganado por tener necesidad de provisiones. Encontraron en la sierra un hato de cabras custodiadas por milicianos armados. Pronto se entabló la lucha. Los milicianos huyeron y se apoderaron de 200 cabras que llevaron al Santuario. Esas cabras fueron sacrificadas en días sucesivos y su carne se daba por racionamiento diario de cien gramos por persona.

El comandante Nofuentes trató de ganarlos para la causa de la República y fue a dialogar con ellos en compañía de seis guardias de las fuerzas de asalto y cuatro milicianos. El capitán Cortés los detuvo a los 11, incluidos algunos familiares del comandante, que estaban en el santuario, y los tuvo así como rehenes hasta el final. En total eran unos 16 rehenes.

⁷ Ib. pp. 50-51.

Una noche un sargento, dos cabos y 38 guardias civiles se pasaron a los rojos, aunque al poco tiempo todos ellos se pasaron a los nacionales. Habían desertado, pensando que el asedio del santuario iba a ser por poco tiempo, dadas sus pocas posibilidades, no solo de avituallamiento, sino también de medios militares para enfrentar un asedio prolongado. En total quedaron en el santuario 152 guardias civiles con 30 falangistas. Eran 182 combatientes y el total de mujeres, niños y ancianos era de 949. Entre todos hacían con los 16 rehenes un conjunto de unos 1147 personas, que había que alimentar cada día. En el Lugar Nuevo había 65 guardias civiles y 5 falangistas con algunos familiares.

La aviación roja comenzó a bombardear el Santuario el 19 de septiembre con siete aparatos que no cesaban de hacer viajes de ida y vuelta desde el aeródromo de Andújar. El 22 los aviones les arrojó, además de bombas, octavillas animándolos a rendirse.

Día tras día, la aviación roja tenía sometido el campamento a un ininterrumpido bombardeo, contándose las bombas arrojadas en varios millares. Como quiera que los continuos bombardeos no conseguían la rendición del Santuario, apelaron a los emisarios que mandaban con ofrecimiento de paz. Primero lo intentaron con un primo de Cortés, que se hallaba preso en la cárcel de Jaén, y que se sirvieron de él para dicha misión. El tal se presentó al capitán y le entregó un escrito que contenía la orden terminante de rendición. En caso contrario, tomarían represalias con sus familiares más íntimos, es decir, contra su mujer y dos de sus hijos, que habían quedado en Jaén. Aquellas amenazas no hicieron mella en el ánimo de nuestro jefe, el cual mantuvo su decisión de luchar contra el marxismo.

Un sargento, que se hallaba cerca, dijo, resuelto:

—Mi capitán, con su permiso; si nos rendimos, esos criminales nos pasarán por las armas, como ya hicieron con los defensores del cuartel de la Montaña en Madrid. Esas hordas de salvajes los despedazaron a todos.

—Se procurará que eso no ocurra aquí, sargento —respondió Cortés, con una leve sonrisa, más bien forzada.

De modo que el emisario, pariente suyo, le dio un efusivo abrazo, y con gran pesadumbre volvió a las trincheras enemigas.

En días sucesivos, siguieron mandando emisarios con propuestas de rendición, empleando en unas los términos de la templanza, y en otras las amenazas más terribles. Entre aquellos parlamentarios figuró una persona, perteneciente a la Guardia Civil, llamada Juan Mena, que se hallaba en zona roja, el cual, al llegar al Santuario fue tal su emoción, y el afecto que sintió

hacia sus compañeros en la tragedia que no pudo articular ninguna frase hasta que rompió a llorar. Solo pudo manifestar después, que era su firme propósito el de no volver a las filas rojas, petición que no aceptó el capitán Cortés.

Como no cesaban de enviar emisarios, Cortés amenazó con disparar sobre aquellos que nuevamente se vieran llegar. Los rojos apelaron al último extremo con la madre del teniente Rueda, a cuyo efecto vemos salir de las trincheras rojas a una mujer que se dirige a nuestras líneas. Era una señora alta, canosa, que aparentaba tener más de sesenta años y en su cara se dibujaba el sufrimiento y amargura que su corazón encerraba. Nos enteramos de que era la madre del teniente Rueda, que tenía para éste órdenes de rendición y en caso de no obedecer, serían fusilados todos sus hermanos.

Con lágrimas en los ojos y bajo el terror, que se veía reflejado en su rostro, la mujer, al llegar hasta su hijo, le suplicó de rodillas que se entregara con el resto del personal. Pero aquel oficial, con suma entereza, rechazó las proposiciones y criminales amenazas de que era portadora. Viendo aquella madre que nada conseguía de su hijo, se alzó y lo abrazó contra su corazón, sin cesar de llorar.

Por aquellos días desertó del campo de aviación de Andújar, el cabo del ejército rojo, Miguel Pereda Poyatos, que se presentó en el Santuario con una pistola ametralladora. Era natural de Santander, de gran temple y valor, con un espíritu patriótico insuperable, siendo uno de los más valerosos de aquella gesta, en la que resultó herido grave.

De las propuestas de paz de los emisarios, la radio roja dio la noticia de que las fuerzas del Santuario de la Virgen de la Cabeza se habían rendido. Al escucharse semejante noticia en la zona nacional, la dieron por cierta, y de repente dejaron de tener contacto con nosotros. Entre tanto la aviación roja no nos abandonaba con sus intensos bombardeos, y con los varios centenares de milicianos y guardias de Asalto que habían empezado a efectuar el cerco. Tal situación nos imposibilitaba para hacer salidas por la sierra para adquirir ganado, ya que los víveres de que disponíamos estaban tocando a su fin. Uno de aquellos días tuvimos que aplacar el hambre con unos pocos madroños, pero como estos arbustos abundan poco en el recinto que ocupábamos, había quien con gran peligro de su vida se aventuraba a pasar las avanzadillas enemigas en busca del preciado fruto. Debo decir que varios de los que lo intentaron cayeron acribillados a balazos.

En pocos días devoramos los madroños, e incluso los que se hallaban todavía verdes. No nos quedaba otro recurso que el de buscar hierbas y comerlas cocidas. Era éste el único alimento que nos quedaba para no sucumbir

por el hambre. Sin embargo, este hecho llegó a tomar caracteres alarmantes, debido a que se comían hierbas de todas clases. Lo cual provocó la intoxicación de varias personas y la muerte de tres de ellas: el guardia Miguel Chamorro Sánchez y dos hijas de este; una con 20 años y la otra con 18. Los tres habían comido raíces de gamonito y a las cuatro horas de haberlas ingerido fallecieron.

Los efectos del hambre iban minando poco a poco los cuerpos de los sitiados. Ya no se veía a los guardias civiles de limpios uniformes, cuerpo derecho y fuerte, sino simplemente a mendigos depauperados, que jadeantes pululaban entre las peñas con el fusil en la mano. Con la zona nacional, no teníamos el menor contacto, ya que en ella ignoraban nuestra existencia, pues probablemente se habían tragado el bulo de nuestra rendición, transmitido por la radio roja. No obstante, la providencia nos deparó el milagro de que un motor movido con aceite pesado que, en otro tiempo era empleado para la producción de energía eléctrica, no fuese alcanzado por ninguna de las bombas lanzadas por la aviación. El motor, después de infinitos trabajos, fue puesto en marcha. Se pudo conectar la radio, y por fortuna, llegamos a captar las noticias que daba Radio Nacional, así como también las charlas memorables que todas las noches daba el general Queipo de Llano. Charlas, suficientemente oportunas para alentar nuestros corazones en la lucha y la resistencia, siendo, además, el bálsamo con que curábamos nuestras heridas y el alimento espiritual que nos fortalecía el alma.

Como la situación del Santuario era ya tan grave, por la falta de alimentos, el capitán Cortés resolvió mandar un enlace a la zona nacional del frente de Córdoba, que se hallaba a más de cien kilómetros de distancia. Varios hombres se ofrecieron voluntarios para este menester, y de ellos, el capitán eligió a dos guardias y un falangista, natural del pueblo Los Villares, de Jaén. Dichos hombres, armados de fusil y pistola salieron del Santuario en una madrugada y emprendieron la marcha por aquellos montes con dirección a Córdoba. Pero nuestros enviados no tuvieron suerte en aquella empresa. A los tres días de penosa caminata por semejantes escarpaduras serranas, fueron descubiertos por el enemigo, que se aprestaron a perseguirlos, consiguiendo dar muerte a uno de los guardias. Los dos restantes, que lograron escapar, regresaron al Santuario a los cinco días de su salida sin haber logrado sus propósitos.

Sin embargo, no realizaron en balde aquella marcha tan funesta para el que perdió la vida. Esta fue el primer peldaño en que se apoyarían después para dar cima a la misión encomendada. A los pocos días después, el guardia y el falangista, que habían sobrevivido, decidieron intentarlo nuevamente. Los recorridos los hacían durante la noche, zigzagueando por caminos y vericuetos, hasta que por fin, a los catorce días consiguieron pasar las líneas rojas,

presentándose en la zona nacional en un estado verdaderamente desastroso, sin ser conscientes de que habían protagonizado una verdadera hazaña.

Fue nuestra primera comunicación con la España nacional del campo de operaciones del ejército del sur, de cuyo lugar se desplazarían después los trimotores con el abastecimiento de víveres al Santuario. Aquel fue el medio por el cual recibimos los sitiados el afecto y el calor que los nuestros nos enviaban, gracias al sacrificio de aquellos tres hombres, que hicieron de enlace. Tres héroes anónimos, como otros muchos de nuestra guerra de Liberación ⁸.

Por fin el 7 de octubre vieron que una avioneta voló sobre el santuario y después de haber hecho un reconocimiento, emprendió la marcha hacia Córdoba. Al día siguiente, vieron venir dos aeroplanos. Uno de ellos arrojó un aparato para hacer señales y así poder comunicarles nuestras necesidades más urgentes. Volvieron los aparatos. Habíamos colocado unas sabanas en las que se leían las indicaciones de nuestras necesidades más urgentes. El día 9 vinieron cuatro trimotores escoltados por seis cazas y arrojaron muchos bultos que, al llegar al suelo, salían desperdigados. Había jamones, latas de leche condensada, pan, chorizos, garbanzos, alubias, medicinas...

El capitán Cortés organizó un grupo para recoger las provisiones desparramadas entre el monte y los peñascos. Las municiones, que también escaseaban, vendrían después. Con este primer auxilio el espíritu de los sitiados quedó fortalecido. El día 13 de nuevo fuimos abastecidos de víveres y medicinas. Sin embargo, había tanta gente que los víveres duraban cuatro o cinco días. Por eso decidieron dar un par de golpes de mano en campo enemigo.

El 24 de octubre un grupo de 50 guardias civiles, burlando las avanzadillas enemigas, se internaron diez kilómetros por el monte. Llegaron al cortijo Nava del Asno y requisaron 10 costales de trigo, 8 de cebada, 40 sacos de garbanzos, 28 cerdos y cierto número de aves de corral. Unos carboneros, que se presentaron en dicho caserío y que llevaban una reata de 15 mulas, fueron obligados al traslado de la requisa hasta el Santuario, donde se les pagó tanto a ellos por el acarreo como al cortijero que les había acompañado. A los pocos días, 6 guardias de asalto del bando republicano se pasaron a los del Santuario.

El día 25 nuevo abastecimiento de víveres de dos trimotores nacionales. El aviador que más frecuentemente los auxilió en víveres fue el capitán Carlos de Haya a quien estuvieron muy agradecidos. Ese día 25 también fueron soltadas en una cesta cerrada y con paracaídas las dos primeras palomas mensajeras. Una de ellas llevaba el mensaje y la otra la clave. El 30 de octubre los de *Lugar Nuevo*

⁸ Ib. pp. 61-65.

dieron otro golpe de mano, apoderándose de 100 cabezas de ganado vacuno; 30 quedaron en *Lugar Nuevo* y las restantes en el Santuario.

Algo que debemos anotar es que el asedio del Santuario se había divulgado, no solo en España, sino también en el extranjero. El general Queipo de Llano, mediante sus charlas en la radio, lo había dado a conocer a la prensa de otros países. Por eso, los rojos tomaron como un punto de honor apoderarse del Santuario cuanto antes para no sentir la vergüenza de ser rechazados por un grupo tan pequeño de guardias civiles. Reforzaron el asedio con más tropas y más medios militares con poderoso fuego de artillería, de morteros y bombardeos aéreos.

Un problema que empezó a preocuparles era el del agua que salía de un pozo, pero Dios velaba sobre ellos. En uno de los bombardeos de la aviación, una bomba cayó en la cima del cerro, a unos 300 metros de la ermita. Fue tan profundo el hueco que de él salió un pequeño manantial de agua cristalina con la que mitigamos la sed ya que la que manaba del pozo era insuficiente para tanta gente que éramos. Indudablemente me place afirmar de que este hecho fue un milagro de la Virgen ⁹.

Un día vimos venir por la carretera de Andújar infinidad de faros de camiones, dirigiéndose hacia nuestro campamento, lo que indicaba que el enemigo estaba efectuando preparativos para el asalto al Santuario. Al amanecer, vimos un gran número de milicianos armados de fusiles ametralladoras y varias piezas de artillería, que nos estaban cercando. Comenzó la artillería y después siete aviones entraron en acción, lanzando centenares de bombas. Unos dos mil milicianos, provistos de fusiles y granadas de mano, saltaban de sus trincheras y avanzaban sobre nuestros parapetos. Nosotros nos lanzamos a la lucha con nutrido fuego de fusilería. Logramos contenerlos y les hicimos retroceder. Murieron dos guardias y ocho resultaron heridos. Después de ese día, además de los bombardeos de la aviación, una batería del 10,5 nos fue hostilizando continuamente. El cinco de noviembre planearon otro ataque al campamento. Al amanecer divisamos por la carretera de Andújar los faros de otra caravana de camiones. Los milicianos no quedaron convencidos de la derrota que les ocasionamos en su primera ofensiva en serio e intentaban conseguir la rendición. Esta vez tuvieron el mismo resultado con muchas más bajas.

Arreció la artillería y vino la aviación republicana y lanzaron entre ambas miles de bombas. Todas las casas de las cofradías quedaron completamente destruidas. Solo quedó en pie la ermita. Los niños y las mujeres corrían despavoridos y no encontraban lugar seguro donde refugiarse.

⁹ Ib. p. 74.

De nuevo los milicianos, protegidos por la aviación y la artillería emprendieron el avance. De nada les valió su estrategia, ya que con certero fuego de fusil les hicimos retroceder causándoles muchas bajas. Entre ellas las de un capitán y dos milicianos, que quedaron muertos a corta distancia de nuestros parapetos y cuyos cadáveres no les fue posible retirar ¹⁰.

Pero tuvimos una gran pérdida, porque las 30 vacas que nos quedaban huyeron asustadas y no nos fue posible rescatarlas. Los días 13 y 17 de noviembre vino un trimotor nacional y nos trajo suministros: comida, ropa, medicinas, municiones y también palomas mensajeras en su correspondiente cesta cerrada.

El 19 empezó otro combate. Cuatro mil milicianos se lanzaron contra nosotros, protegidos por siete aviones. Nos vimos obligados a salir de los parapetos y con fuego de fusilería y bombas de mano les hicimos retroceder nuevamente, causándoles muchas bajas. Nosotros solo tuvimos siete hombres heridos. El 29 aparecieron cinco trimotores nacionales escoltados por varios cazas. Nos arrojaron víveres y bombardearon las posiciones enemigas. Sin embargo, el hambre seguía amenazándonos por tanta gente que teníamos que alimentar. Uno de esos días vimos una cierva entre los arbustos. Le dispararon y el animal cayó muy cerca de la avanzadilla roja. Siete guardias salieron a recogerla, a costa de grandes trabajos, pues pesaba lo suyo. Retiramos la res hasta ponerla en lugar seguro ¹¹.

Otro día nuestra aviación nos trajo suministro y uno de los bultos fue a caer a corta distancia de las líneas enemigas. El capitán Cortés pidió voluntarios para ir a recogerlo. Se ofrecieron el cabo Getino y Gallego Huertas. Abandonaron la ermita y descendieron al llano, que era un lugar descampado. Huertas cayó herido y Getino cargó con su compañero. Depositó al herido en lugar seguro y volvió por el bulto con las balas silbándole sobre su cabeza. El bulto tenía un jamón y cuatro palomas mensajeras.

Algunos de aquellos días los pasamos sin comer, tomando como único alimento un poco de agua, ya que las hierbas de que antes nos valíamos se habían terminado, de tal forma que llegó al último extremo nuestro agotamiento. Los pocos alimentos de que disponíamos estaban reservados para los heridos, enfermos y niños. Estos, completamente depauperados, con caras tristes y melancólicas, pasaban la mayoría del tiempo amodorrados. En los últimos días de la lucha, cuando ésta era más desesperada, muchos de los heridos dieron

¹⁰ Ib. pp. 74-75.

¹¹ Ib. pp. 80-81.

ejemplo de valor al ocupar los puestos vacantes que ocasionaban las bajas. Como confirmación a cuanto queda expuesto, procedo a transcribir algunos de los partes que, por medio de las palomas, y después por el heliógrafo, remitió el capitán Cortés al general Queipo de Llano:

- 1. Hoy, momentos antes de llegar el aparato que nos ha suministrado, he pasado por el duro trance de ver morir envenenados por unas hierbas, que la desesperación del hambre les ha hecho comer, al guardia 1º Miguel Chamorro y dos hijas suyas de 18 y 20 años de edad. La intoxicación ha alcanzado a 20 personas más, diez de ellas graves. Sólo esta flora letal queda dentro del campamento. Las hierbas y demás frutos no perjudiciales, ya se han comido. A la llegada de las fuerzas nacionales, si estas llegan a tiempo de salvarnos, en vez de encontrar a los animosos hombres que no han reparado en el sacrificio para poner en alto el nombre de la patria, sólo encontrarán un montón de cadáveres.*
- 2. Tengo el honor de participarle que no ha pasado un solo día sin que hayamos sufrido intenso fuego de artillería, aviación, ametralladoras y fusilería enemiga, que no solo ha derruido parte del edificio del Santuario, donde nos encontramos refugiados, sino también el resto de las edificaciones del campamento que por su escasa resistencia tuvimos que abandonar como vivienda.*
- 3. Tenemos frente a nosotros una batería del 10, 5 y siete aparatos de aviación no hacen otra cosa que bombardearnos. Llevamos recibidas más de 3000 bombas y 2000 cañonazos.*
- 4. Solo disponemos de 150 fusiles en este campamento y 75 en Lugar Nuevo. Con los escasos víveres con que contábamos nos hubiéramos muerto muchas veces, porque hace tiempo que se acabaron. Gracias a una salida nuestra y otra de Lugar Nuevo, nos hemos proporcionado medios, y sometidos a una ración escasísima, hemos podido llegar hasta hoy.*
- 5. Más que hombres, son esqueletos los pocos que aún se mantienen en pie. Dos terceras partes se hallan tan agotados y decaídos, que no les es posible moverse. Siguen en los parapetos porque no hay otro alojamiento. Triste es pensar, que aquellos a quienes les cupo la suerte de no caer víctimas de la metralla marxista, caen por falta de alimentos. ¡Todo sea por Dios y por la Patria! ¹².*

¹² Ib. pp. 82-83.

La falta de víveres se hacía cada vez más insoportable y el capitán Cortés una vez más ordenó una salida por la sierra. Se organizó un grupo de 40 guardias. Era el 4 de diciembre. Llegaron a *Lugar Nuevo* y se les unieron 20 guardias. Se consiguieron 400 cabezas de ganado, de las que 125 quedaron en Lugar Nuevo y el resto en el santuario. Con aquellas reses teníamos que aguantar hasta el próximo suministro de avión. Pero algunos días no había para comer y era desolador comprobar que los pocos madroños que quedaban en los árboles se los habían comido los pájaros. Felizmente el 30 de diciembre vino la aviación a acallar el hambre. Uno de los días el avión nos arrojó un paracaídas que contenía un heliógrafo (para poder hacer señales telegráficas) y así podíamos comunicarnos con el otro heliógrafo, situado en la torre de Porcuna, municipio ubicado a 35 kilómetros de distancia.

El 26 de enero de 1937 vimos nuevos contingentes de milicianos procedentes de Jaén. Al día siguiente, los rojos efectuaron un ataque con artillería, morteros y aviación contra *Lugar Nuevo* y una oleada de milicianos se lanzó al asalto. Los defensores de *Lugar Nuevo* les causaron bastante bajas. El día 31 de enero, nuevo asalto. Como ya la situación de *Lugar Nuevo* era insostenible, se decidió la evacuación de todos los combatientes y sus familias al Santuario. Padecieron muchas penalidades en la evacuación, pero se consiguió. De no haber sido por la tormentosa noche, habrían sido descubiertos y caído prisioneros. Pero una vez más la providencia intervenía en la marcha de los acontecimientos ¹³.

La situación era desesperada, los nuevos llegados de *Lugar Nuevo* no tenían sitio para albergarse y debían soportar las inclemencias del tiempo y quedaban expuestos al blanco certero del enemigo, que acechaba con disparos de fusil y ametralladoras.

El 14 de abril divisamos por la carretera de Andújar una enorme caravana de camiones con soldados y pertrechos de guerra. Cientos de ellos eran de las Brigadas internacionales. Por nuestra parte, los combatientes no llegaban a 90 y se tenían que enfrentar en ese momento contra unos 12.000 hombres, provistos de tanques, artillería, morteros, ametralladoras y fusilería. El día 16 desencadenaron un enorme ataque sobre el Santuario. No quedó ningún edificio en pie. Todo estaba destruido. Las funciones de médico eran desempeñadas por un joven falangista, apellidado Liébana, que solo había cursado cuatro años de estudios de medicina, y tuvo que ejercer de tocólogo, ya que hubo más de 20 partos durante el asedio.

¹³ Ib. p. 92.

En estos casos puso su mano poderosa la providencia, ya que todas las parturientas dieron a luz sin ningún problema. Pero con algunos heridos, Liébana tuvo que emplearse a fondo para efectuar amputaciones con navajas y un serrucho, careciendo de los más elementales medios para adormecer y amortiguar los efectos de las operaciones. Se produjeron algunos casos de suicidio por algunos que viendo sus miembros amputados y sin medios ni esperanza de que les pudieran socorrer daban fin a su vida disparándose un tiro en la cabeza.

El 23 de abril de 1937 nos exhortaron los enemigos a la rendición, pero Cortés les gritó: *El Santuario muere, pero no se rinde*. Una representación de la Cruz Roja internacional se presentó para proceder a la evacuación de las mujeres y los niños. El capitán Cortés les dijo a las mujeres: *Todas aquellas que deseen ser evacuadas con sus hijos que lo digan. Yo personalmente protegeré a toda la que quiera marcharse*. Fue un momento emocionante. Nadie se movió. Las mujeres querían morir con sus maridos.

El 27 un ataque a fondo se pudo rechazar, ya que en el momento de lucha más intensa apareció nuestra aviación y lanzó una bomba incendiaria que puso al descubierto las formaciones rojas que fueron bombardeadas, causándoles muchas bajas. Pero fuimos conscientes de que más pronto que tarde vengarían la derrota, porque solo éramos 90 hombres famélicos, abatidos por la fatiga de tantos días de lucha ¹⁴.

El 28 de abril continuó el hostigamiento del enemigo. Solo quedaban escombros del Santuario. El capitán Cortés remitió un parte, diciendo:

Ha sido tan tenaz y mortífera la acción de la artillería, que no existe un solo rincón en el Santuario fuera del alcance de la misma. Las escenas que aquí se han desarrollado no son para describir. Heridos de días anteriores, quedan muertos en los rincones en que se hallaban; familias casi desaparecidas, unos por la metralla, los más sepultados entre los escombros, Los que se han sacado, con un hilo de vida, mueren al poco, ya que no podemos curarlos por haber destruido la metralla la parte destinada a botiquín. También se hallan inaprovechables los pocos víveres de que disponemos. Entre las escasas cuevas que hay entre las piedras, van a pasar la noche estas pobres mujeres y niños, aguantando la lluvia y el viento de estas tremendas noches. Esto más que odisea es ya locura.

Nuestras bajas eran muy numerosas, razón por la cual surgieron casos heroicos por parte de algunos menores de edad que con gran decisión y entereza de ánimo se lanzaban a la lucha, cubriendo los puestos que dejaban las bajas.

¹⁴ Ib. p. 98.

Durante aquellos quince días de ininterrumpida lucha, destacó también con heroico sacrificio, el sacerdote Rector del Seminario de Jaén, don Adoración Reyes Paz, el que en todo momento y cuando el combate llegó a ser tenaz, con gran peligro de su vida recorría los lugares de la lucha y retiraba a los heridos. Así como también los cadáveres que con su propio esfuerzo los cargaba sobre sus espaldas y los llevaba a darles sepultura .

Continuamos la desesperada resistencia y llegamos al día 30 de abril. Nuestras horas de terribles combates están contadas y se aproxima el fin. Vemos a doce tanques blindados que avanzan hacia nuestras posiciones. No tenemos medios de defensa.

El 1 de mayo fue el último de la contienda. Miles de hombres avanzaron. Yo me hallaba disparando contra un tanque, que tenía de frente a unos 100 metros. Mi parapeto era un peñasco en el que se estrellaban los proyectiles, que me lanzaba el tanque. Después en un instante, tuve un aviso revelador de que uno de los proyectiles iba a impactar contra el peñasco y de rebote chocaría con mi débil cuerpo. Estaba herido de un balazo en la pierna izquierda y no podía cambiar de sitio. Una vez más intervino la providencia a mi favor. El proyectil dio en el centro de la caja de mi fusil, amortiguando el golpe y el arma quedó partida en cinco pedazos. Los combatientes no llegaban ni a 60 hombres. Los rojos se lanzaron al ataque en oleadas, protegidos por los tanques, pero los tanques se acobardaban ante el pequeño número de guardias que a pecho descubierto y provistos de botellas de gasolina y bombas de mano le salían al encuentro y le hacían frente.

A las 12 del mediodía de ese día 1 de mayo de 1937 entraron sin encontrar resistencia. Un obús de artillería alcanzó al capitán Cortés, cayendo gravemente herido. Al verse sin jefe y abrumados por la mayoría de enemigos se rindieron.

Una vez rendido el campamento, siguieron oyéndose disparos de fusil que los soldados rojos realizaban contra hombres indefensos, hechos ya prisioneros, que caían vilmente asesinados. Yo pude salvar la vida por intervención de un sargento del ejército rojo, al que estaré eternamente agradecido. Al ver que un soldado suyo se disponía a arrojarme una bomba de mano, se situó rápidamente a mi lado y recriminó su conducta ¹⁵.

Nos despojaron de nuestros relojes y sortijas de casados. A las mujeres que les veían algún crucifijo o medalla, se la arrebatában y con gestos de enorme odio las arrojaban al suelo con improperios. Una vez desahogada su cólera

¹⁵ Ib. pp.105-107.

antirreligiosa, observaban si el adorno era de oro o de plata y se lo guardaban en el bolsillo. Algunos supervivientes, antes de ser hechos prisioneros, prefirieron suicidarse. El comandante rojo mandó reunir a los prisioneros en la plazoleta del Santuario. Solo pudieron hacerlo 38. El resto eran cadáveres y otros estaban heridos y no podían mantenerse en pie. Yo era uno de ellos. Uno de sus jefes, al ver el número tan reducido de prisioneros, se llevó las manos a la cabeza y exclamó: *Con mil hombres como estos, tomo yo Zaragoza.*

En resumen, el asedio del Santuario duró más de ocho meses. Durante todo este tiempo realmente fueron unos héroes los defensores. Tuvieron mucho que sufrir por falta de alimentos y de armamento. Mientras que los enemigos tenían a su disposición fusiles modernos, morteros, artillería pesada y pudieron bombardear a su gusto con aviones el Santuario, que quedó reducido a escombros. Los defensores tenían muy pocos defensores y pocas armas y municiones. La desproporción de medios y hombres era tan grande que la defensa durante tanto tiempo fue una verdadera heroicidad o, por decirlo mejor, una epopeya digna de tenerse en cuenta en los anales de la historia de España para ejemplo de las generaciones venideras.

Mientras que las mujeres y los niños fueron llevados al pueblo *Viso del Marqués* en la provincia de Ciudad Real, los defensores fueron hechos prisioneros en distintos lugares y empleados con otros prisioneros del bando nacional en trabajos de construcción de carreteras, trincheras y otras obras, alojados en barracones con mala comida y pasando penurias. En alguna oportunidad grupos comunistas intentaron apoderarse de los presos para matarlos.

En Gandía (Valencia) fueron empleados en hacer refugios. En ese lugar uno de los jefes de la cárcel se jugó la vida para hacerles la vida más llevadera. Recordemos que el capitán Cortés murió al día siguiente de la rendición, al ser operado en el hospital. Los prisioneros heridos del Santuario fueron llevados también a un hospital y algunos pudieron así ser salvados de una muerte cierta. Y solo con la rendición de Madrid, el 28 de marzo de 1939 y la declaración de la victoria y el fin de la guerra por Franco el 1 de abril de ese año, todos pudieron salir en libertad.

En total hubo 139 muertos de los defensores del Santuario y 128 heridos. Nacieron 24 niños y cuatro de ellos murieron al nacer. Solo murió un sacerdote, el padre Adoración Reyes Rz. Pero la gesta militar que entre todos realizaron, quedó grabada para siempre en sus vidas y en el corazón de todos los buenos españoles, ya que dieron su vida en defensa de su fe, luchando contra los enemigos de la patria, que querían convertir a España en país comunista bajo la dictadura de Rusia, eliminando la fe católica para siempre.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguado Francisco, *Historia de la guardia civil (tomo 6). Del Santuario de la Virgen de la Cabeza*, Ed. Cupsa, 1985.
- Ballester Rafael, *El Alcázar de Toledo*, Ed. Bruguera, Barcelona, 1975.
- Ballesteros Joaquín, *Memorias de un combatiente en el santuario de la Virgen de la Cabeza*, Onagro ediciones, Zaragoza, 2021.
- Gil Joaquín, *Resistir hasta morir. El asedio del Santuario de la Virgen de la Cabeza*, Actas editorial, 2022.
- Lozano Pelayo, *Asedio al Alcázar de Toledo*, Ed. letra minúscula, 2020.
- Marín Muñoz Antonio, *El asedio al Santuario de la Virgen de la Cabeza*, 2004.
- Martínez Alfredo, *Asedio al Alcázar de Toledo, Memorias de un testigo*, Ed. Católica Toledana, 1962.
- Piñar Blas, *El Alcázar no se rinde*, Ed. Esfera de los libros, 2011.
- Ricardo de la Cierva, *El Alcázar de Toledo*, 1997.
- Risco Alberto, *La epopeya de Alcázar de Toledo*, impreso por Amazon.
- Varios, *La epopeya de la guardia civil en el Santuario de la Virgen de la Cabeza*, 1958.
- Varios, *Toledo 1936*, Ed. Almena, 2010.